

Mario, desde Thule

Claudia Ivonne Giraldo G.

Yo aún no terminaba el bachillerato; él, en cambio, era un hombre que me pareció mayor en el primer encuentro, un señor de la edad de los papás, que actuaba frente a mí con la seguridad de un adulto y el entusiasmo de un muchacho. Era enormemente atractivo, especialmente por la fuerza y la exaltación con la que estábamos, por donde pasáramos. Si algo era seductor en Mario era su entusiasmo. Se sentía seguro en un universo en el que las “cosas de los hombres” tenían límites muy claros. Una de las primeras enseñanzas que me dio no fue literaria: “Nunca se siente en un lugar público dándole la espalda a la puerta”. Desde entonces procuro ponerlo en práctica.

Le gustaba hablarme de cacerías y de pistolas, de venganzas; de tardes de pesquería en las que debía estar por horas solo y en silencio. Me parecía entonces que traía a mí, muchacha de ciudad, niña de casa, un mundo de aventuras que lo precedía y lo hacía ser el hombre que era. Nunca sentí, sin embargo, que tuviera alguna reticencia o prejuicio por el hecho de que yo fuera mujer y muy joven; hablaba conmigo con suma



delicadeza, una muy rara en él, pero me trataba como a su igual. Algunas veces platicábamos de sus amores, casi en clave; muchas veces no entendí lo que quería decirme, la soledad que soportaba, la intensidad de sus pasiones. Leía con interés sincero mis cuentos de entonces y me dejaba leer sus manuscritos. Sentados en el café Le Gris, como dos viejos amigos, pasábamos ratos deliciosos. Él tomaba tinto, y siempre, siempre, me llevaba un paquete de Malboro como regalo.

Por aquellos años Mario se había metido a empresario con una fábrica de Metalmecánica detrás de la calle Colombia, por la 68. Había sido muchas cosas, entre otras, y muy joven, maestro, profesor de provincia. Fue en esa pequeña fábrica en donde nos presentó nuestra mutua amiga, Emma Lucía Ardila. Al lado de su máquina de escribir, en el escritorio desde donde despachaba asuntos de su trabajo, permanecía un grueso fajo de hojas de una novela en la que venía trabajando; creo que se trataba de *Cuando pase el ánima sola*, con la que ganaría el premio Vivencias en 1979.

Desde su oficina llegaba a mi casa, casi todas las semanas, el mensajero de Mario con una carta en la que me contaba cosas nimias y reflexiones que se hacía. A veces me enviaba un libro o una grabación de un concierto que yo debía escuchar o leer, para darle mi opinión. Las cartas perfumadas con Agua Brava, los paquetes cuidadosamente empacados para que únicamente yo pudiera abrirlos, eran algo más que una seducción: Mario necesitaba con urgencia sacar su alma de los asuntos del trabajo y compartir un mundo en el que estaba solo por entonces. Nunca fue amigo de grupos o de tertulias. Mario era tímido, muy tímido. Agradecí, y lo sigo haciendo, que me tuviera en cuenta para ser su amiga. Ese hombre paternal y fascinante, ese amigo grande y divertido se fue convirtiendo en una parte entrañable de mi vida.

Pero Mario sabía que no tenía el tiempo a su favor para construir una obra, la que él soñaba, la que quería con toda el alma, y me imagino que por eso tomó la decisión de cerrar su empresa, comprar una tierra en Urabá e irse lejos y solo a trabajar como finquero, pero sobre todo a escribir. Desde allá me envió muchas cartas que, como nunca fui alumna suya en sus talleres, conservo como las mejores lecciones de escritura.

Sus cartas eran hermosas y conmovedoramente íntimas; creo que también eran un ejercicio de escritura en los que se explicaba a sí mismo explicando a otro,

y que Mario no podía parar de escribir y que lo hacía como fuera y en lo que fuera. A veces se le acababa el papel bueno y me enviaba sus cartas en uno ordinario y rugoso. A veces se le acababa la tinta a la máquina y me escribía a mano. Sé que por entonces escribía mucho a sus pocos amigos. En esos pliegos contaba de maravilla acerca de sus oficios de campesino, de sus luchas con las reses, con el río, con la tierra. Contaba de los fantasmas que lo visitaban y de ese miedo terrible que tenía a envejecer y verse frágil de huesos y de alma. De su soledad en esas inmensidades, de toda la melancolía y el cansancio que lo sobrecogían:

Una de las razones de este exilio, que va para los cuatro meses, era la de terminar mi trabajito de literatura. Hace poco terminé. No puedo decirle que esté contento. Con estas cosas uno va aprendiendo que lo que importa es ir, más que llegar. Siempre se supo que en la obra a realizarse cabía todo, incluidas la perfección y hasta la genialidad, y que en lo realizado no hay sino medidas y calificaciones. Es lo de siempre, y por eso es mejor soñar, y las gentes prácticas abominan de los soñadores, que sin duda son más dichosos porque son los únicos a los que les cabe ver la perfección, que es bien elusiva. No sé si haya logrado darle mi idea a este respecto, pero hay un refrán de un viejo loco llamado Marañas que anduvo en mi juventud por los labios de mi abuela, y que sostenía que era mejor tener las ganas que quitarlas.

Si usted sabe cuánto me gusta escribirle, y yo sé que sabe, ya habrá supuesto lo triste, lo abatido y lo cansado que he estado todos estos días en que no le he escrito. Ahora he sido yo quien ha necesitado alguna cosa tibia suya en forma de palabras. He estado en el apartado de Apartadó, y no había nada suyo, y he pensado que para qué apartado y para qué Apartadó. No sé si es porque hoy es el día de la madre. No he sido nunca sentimental, y no he rezado casi nunca, pero hoy, en que he estado tan trajinado, pague aquí pague allá, sin tener con qué, hable con uno, hable con otro, busque al de más allá, he ido hilvanando oraciones, he ido pidiéndole al Dios a quien creo que le importamos muy poco, a veces, y a quien tan desesperadamente necesita el corazón en otras, por mi madre, que ya no está.

Pero no ha sido en todos estos días solamente. Es que la vida cansa y la lucha cansa, y uno sabe que ¡caramba!, ya tiene derecho a un poco de descanso, y que de eso no hay. Perdóneme pues estas quejas. Necesitaba gritarle eso, con pena, con amargura, también para que supiera que el ejercicio de vivir es duro aún para uno que ya está curtido, pero que no está, porque sencillamente uno no se curte.

¿Me deja que le diga que ahora yo también clamo? ¿Qué yo también la necesito y que usted no está?

De joven Mario fue maestro. Cuando regresó a Medellín, luego de vender con mucho dolor las tierras y la casa —que había construido casi entera con sus manos— en Urabá, creó el “Taller de escritores de la Universidad de Antioquia”, en el que permaneció por más de veinte años y en el que continuaría con ese oficio al que regresaba, como un designio. Creó y dirigió otros talleres, y fue este espacio el que se convirtió en su trabajo; un Urabá de luchas con los estudiantes, con los textos, una prédica sobre lo que él, muy personalmente, fuera de academicismos y teorías, creía sobre la literatura, sobre los autores que amaba o detestaba, sobre su propia creación, sobre el oficio de escribir. Una posición si se quiere polémica, pero valiente.

Muchos académicos lo criticaron: remilgados, les parecía una grandísima ofensa que alguien impartiera conocimientos, saberes, sin apoyarse en citas o en documentos, sin apoyarse en otros. Que dijera sus opiniones, maldiciones y sus conclusiones, tan sabias muchas, sin pelos en la lengua. Es probable que a Mario, que era sensible, tales comentarios le dolieran, aunque nunca lo manifestara. Es posible que poco a poco, ese carácter vital y entusiasta que le conocí cuando estaba en el apogeo de su madurez, se le fuera entristeciendo, un poco agriando ante la incompreensión de tantos y la mala leche de muchos. Era un maestro que enseñaba a conciencia lo que sabía; era un escritor que se empeñaba arduamente en construir una obra de valía. Sin esas dos cosas, era imposible comprender a Mario Escobar.

Como era de esperarse, durante tantos años muchos acudieron a sus talleres. Muchos de sus estudiantes lo amaron y respetaron profundamente; hoy es tangible su legado, la formación de tantos buenos escritores y escritoras de la ciudad. Pese a toda la felicidad que —me consta—, experimentó por mucho tiempo como director de la escritura de otros, en los últimos años también se le fue mudando en una carga que ya llevaba por demasiado tiempo. Trabajó hasta el último minuto, fue un hombre responsable con su familia, con su gente. Pero su verdadero y grande amor, su pasión de vida fue la escritura: nunca dejó de escribir, de exigirse, de crear y concebir siempre la próxima obra, siempre la próxima.

Mario tenía, como todos, un lado oscuro, una parte de sí que era dura y hosca. Una sombra que seguramente lo poseía y que muchos refieren haber “sufrido” muy

directamente: al parecer era duro con sus talleristas; duro con sus trabajos; duro y exigente como duros y exigentes son algunos de los personajes de sus novelas, que encierran al niño en el cuarto de los aperos, que lo zurran y castigan y hasta lo hostigan por causa de sus aspiraciones literarias. En *Toda esa gente*, en *Tierra de cementerio*, en sus otras novelas, sus personajes —principalmente ese Alaín Calvo, que es como su otro yo— viven vidas duras, trabajadas. Como Alaín, Mario trabajó desde que era casi un niño, Mario se la luchó y se hizo de una fortaleza que tuvo que asumir, casi como una pose. Pero ese mismo hombre ceñudo y áspero era tierno y conmovedoramente humano: una tarde en el Taller literario de la Biblioteca Piloto que dirige Lucía Donadío, lloró largamente al recordar a su tío Enrique, al hombre que de joven lo había recogido en su casa y le había dado el afecto que nunca tuvo de su padre.

De su padre odiaba la cara; la cara que fue instalándose en la suya con el paso de los años, una cara de perro triste que revelaba un profundo desencanto. Se había empeñado tanto, había enseñado gran parte de su vida, había construido una obra seria y honesta como pocos escritores del país, y apenas era conocido en su ciudad. Sabía que contaba con verdaderas obras maestras, como *Muy Caribe está*. Mario lo debió saber. Y a pesar de no esperar reconocimiento alguno, seguramente lo deseó traducido en una vida más amable, menos trabajada, dedicada única y exclusivamente a su escritura. ¿De qué les sirve a nuestros artistas placas y homenajes si a pesar de los años hay que seguir trabajando porque la pensión, tan deseada, no llega? ¿De qué le sirve a una ciudad el progreso si no puede proporcionarles a sus creadores unas mejores condiciones de vida?

Antes uno no le tenía miedo a las dificultades. Antes uno salía a su diaria tarea, su lucha. Eran días más jóvenes y uno creía que al final de esos días y de esos tesoros estaba la victoria, alguna clase de victoria en la que se tendría, al lado de alguna estabilidad económica la satisfacción de saberse genial, o casi, al lado de una gran obra cumplida, domeñador de la vida y de las peleas de la vida. Hoy ya se sabe que no se era ningún genio (ni nada que se le pareciera), y ya ni siquiera importa serlo. En cuanto a la tranquilidad económica no existe, como no existe tampoco ninguna otra tranquilidad, y en cambio va uno mirando cómo pasan los días, lleno de miedos a durar mucho en esas declinaciones a que llegan los ancianos (...) (Patacón, agosto de 1978).

Nunca fui alumna de Mario; no en propiedad. Sé que quienes sí lo fueron de esa manera, fueron muy afortunados. Pero mi amistad larga, muy honda, con este hombre que se fue tornando silencioso hasta el mutismo, que se fue volviendo muy triste y muy solitario, fue otra forma de aprendizaje que sólo ahora, cuando puedo comprender sus bregas y su lucha y también su enorme cansancio, cuando él se me revela inmenso y luminoso, con todo y su oscuridad, puedo apreciar en su verdadera y justa dimensión. Generoso como pocos, siempre estuvo interesado en lo que yo escribía; siempre quería saber qué hacía y cómo me iba. Y siempre me reprochó que me ocupara de otras cosas que no fueran la escritura. No debía perder el tiempo, me decía. Tiempo no hay, concluía.

Entre amigos, y eso fuimos, hay códigos que nunca deben quebrantarse. Me abstuve, desde que lo conocí hasta el final, de preguntarle por sus intimidades más obvias: sus amores, sus amantes. Sé que amores tuvo grandes y atormentados, y que de ellos da noticias en sus novelas y en sus cuentos. Alguna vez me comentó que había mujeres a las que era mejor no amar; eran, me dijo: “unas como ángeles que tenían que asegurarse de no arrugarse las alas al sentarse”, y me pidió que nunca me convirtiera en una de ellas. Entendí que era una indirecta bien puesta y también que Mario era un hombre adorablemente sexual, que veneraba a las mujeres que en esto se le parecían. Años más tarde me enseñaría, no sin cierto recato y muy brevemente, una de sus agendas: en ella, como peculiar libro de pegados, los recortes de paisajes bellísimos sacados de revistas se mezclaban con fotos de mujeres desnudas —o de partes de mujeres desnudas—, y con textos suyos escritos a mano, con esa caligrafía inolvidable. “Ustedes —me dijo— son lo más bello de este mundo. En ello no hay nada de malo”.

En su universo exultante y vital hasta la tristeza era telúrica. Esta fuerza suya y su profundo poético sentido de la observación, lo hicieron compenetrarse profundamente con la naturaleza, con los animales. Tal vez esto sea lo más importante de su extensa obra literaria. Hay en casi todas sus novelas, en sus cuentos, pero muy especialmente en el libro *En las lindes del monte*, algo que pocos escritores han logrado: como un reducto de la literatura decimonónica y de principios del siglo XX latinoamericana, la naturaleza y los animales adquieren un protagonismo que el escritor moderno que él fue logra interrogar hasta su más increíble significación.

“Los animales sí piensan”, me había escrito alegre por ese descubrimiento que era más bien una confirmación. Gran parte de las cartas las ocupaba contándome de la gata acalorada y sin gato, de la vaca que sabía que a su ternero la marca del dueño le había dolido y por eso lo lamía vehemente, del río pantanoso que a veces se enfurecía con las gentes y con la lluvia. Había sido cazador, había gustado de esa espera del tigre; de esos días, de los que se arrepintió, también había aprendido a conocer a los animales y a respetarlos profundamente:

Hacia nada que un cirirí truncó el vuelo de una mariposa rosácea, y sobre un alambre del cerco la engulló, deleitándose, como si ese pedazo de crepúsculo supiera como se ve Yo sentía ese pico sobre mí como si fuera mariposa. Con un puñado de ellas se haría un atardecer de juguetería.

Y sin embargo, también el pájaro es hermoso con su tremendo empuje de alas, ese color de plomo fundido con un toque de amarillo amaranto y ese pico de acero y esas uñas de alabrado y esos ojos brillantes y duros que ven proteínas donde yo veo colores vagarosos (...) (Thule, julio 12 de 1978).

Guardo sus cartas que como siempre me devuelven los días de la juventud y esa mirada dorada con la que Mario me contempló, inmerecidamente. En ellas vuelve él y vuelven sus palabras y lo siento tan cercano como entonces. Sé que escribe allá en Thule o en Patacón, en un Urabá lejano y eterno, y observa la tarde, el río, la lluvia caer en goterones como pedradas sobre las tejas de zinc de su finca.

Y le cuento que nada importa, Claudia, sino escribir. Me parece que ni triunfar importa, y, sin que yo haya triunfado ni lo parezca, es o debe ser hasta molesto y cansón. Si viera

Porque escribiendo es uno como una llama, que arde, limpia y pura en medio de la placidez, arde devota para sí misma, con el fin único de arder, y uno no ve sino su propia luz, y no siente sino su fuerza de arder, y no hay ninguna otra razón de ser que la de ser llama.

Claudia, cómo es eso de bello (Thule, enero 12 de 1980). ■

Claudia Ivonne Giraldo G. (Colombia)

Trabaja en Medellín, a veces como profesora de Literatura. Tiene publicados una novela, *El cuarto secreto*, y un libro de cuentos, *El hijo del dragón*.